



TEMA 3. El mundo como enemigo del alma. "Vosotros no sois del mundo".

El cristiano en el mundo es un peregrino, un forastero, pues está «en» en el mundo, pero no es «del» mundo (Cf. Jn 17,11.16). Su verdadera patria está en los cielos, de donde espera un Salvador (Cf. Fil 3, 20). Aquí no tiene morada estable, sino que está en camino hacia la futura (Cf. Hb 13, 14).

El mundo actual ha perdido el sentido del pecado. Se bromea con él como si fuera lo más inocente del mundo. Aliña con la idea de pecado sus productos y sus espectáculos para hacerlos más atractivos. La expresión «pecado original» se utiliza en el lenguaje publicitario para indicar algo bien distinto de la Biblia: ¡un pecado que da un toque de originalidad a quien lo comete!

El mundo hoy tiene miedo de todo menos del pecado. Teme la contaminación atmosférica, las penosas enfermedades del cuerpo, la guerra atómica, el terrorismo..., pero no le da miedo la guerra a Dios, que es el Eterno, el Omnipotente, el Amor, mientras Jesús dice que no se tema a quienes matan el cuerpo, sino sólo a quien, después haber matado, tiene el poder de arrojar a la gehenna (Lc 12, 4-5).

Esta situación «ambiental» ejerce una tremenda influencia hasta en los creyentes, que sin embargo, quieren vivir según el Evangelio. Produce en ellos un adormecimiento de la conciencia, una especie de anestesia espiritual. Existe una narcosis por pecado. El pueblo cristiano ya no reconoce a su verdadero enemigo, el señor que le mantiene esclavizado, sólo porque se trata de una dorada esclavitud (Benedicto XVI)

1. El mundo que no debemos amar

La palabra mundo es equívoca. Tiene varios significados. Por ejemplo, se puede referir al mundo de la creación, la impresionante obra de Dios creador, que es maravillosa y buena en sí misma. Puede significar también el mundo como el conjunto de todas las personas, las relaciones entre ellas: juntas construyen el mundo en general. Este mundo también es bueno.

Sin embargo, hablar del **mundo como enemigo del alma** nos remite a una categoría teológica: al mundo entendido como enemigo de Dios, **el mundo que no quiere escuchar a Dios**. De este "mundo" se habla en la Sagrada Escritura: de él habla Jesús con frecuencia y también San Juan.

Por ejemplo:

"Si el mundo los aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fueseis del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque en cambio no son del mundo, pero yo los elegí del mundo, por eso el mundo los aborrece" (Jn 15,18-21). El cristiano está "en" el mundo, y corre el riesgo de ser "del" mundo. Por este motivo, Jesús no rezó por el mundo sino por sus discípulos para que el Padre los cuidara del maligno y del mundo, aunque vivieran en él. Y dice también Jesús que el demonio es "el príncipe de este mundo". Las citas se podrían multiplicar.

En este sentido, el "mundo" es **una mentalidad, una manera de pensar y de vivir en contraste con el evangelio**, que puede contaminar incluso a la Iglesia, y de hecho la contamina, y por tanto exige constante vigilancia y purificación.

"El mundo que no debemos amar y al que no nos debemos amoldar no es – lo sabemos bien – el mundo creado y amado por Dios; no son las personas que hay en el mundo a cuyo encuentro hemos de salir

siempre, especialmente los pobres y los más pobres de entre los pobres, para amarlos y servirlos humildemente [...]. ¡No! El mundo que no debemos amar es otro mundo. Es el mundo tal y como ha pasado a ser bajo el dominio de Satanás y del pecado. El mundo de las ideologías que niegan la naturaleza humana y destruyen la familia [...]. Las estructuras de la ONU, que imponen una nueva ética mundial, juegan un papel decisivo y se han convertido hoy en un poder abrumador que se propaga a través de las ondas gracias a las posibilidades ilimitadas de la tecnología. Hoy en muchos países occidentales negarse a someterse a esas terribles ideologías constituye un delito. Eso es lo que llamamos la adaptación al espíritu de los tiempos, el conformismo. Un gran poeta y creyente británico del siglo pasado, T. S. Eliot, escribió tres versos que dicen más que libros enteros: 'En un mundo de fugitivos, el que tome la dirección contraria pasará por desertor'" (Card. Sarah. Se hace tarde y anochece).

**¡Oh almas adúlteras!
¿No sabéis que la
amistad del mundo es
enemistad contra Dios?
Cualquiera, pues, que
quiera ser amigo del
mundo, se constituye
enemigo de Dios.**

2. La mundanidad

Hay una mundanidad espiritual que corrompe a la Iglesia. A este tema dedicó el papa Francisco una homilía (16.V.20). Nos vino a decir las siguientes ideas:

¿En qué consiste la mundanidad? Es un espíritu o una forma de ser capaz de rechazar a Cristo y atacar a sus discípulos, intentando corromperlos, hasta corromper a la misma Iglesia. Es una propuesta de vida, una cultura pero de lo efímero, de la apariencia, del maquillaje, del 'hoy sí, pero mañana no; mañana sí y hoy no'. Propone valores superficiales, no conoce la fidelidad, porque cambia según las circunstancias, y lo negocia todo. Es la cultura de lo descartable, de la conveniencia, sin fidelidad. Es el modo de vivir de muchos que dicen ser cristianos, pero en realidad son mundanos.

Jesús habla de ella en la Parábola de la semilla que cae en la tierra con espinas: las preocupaciones del mundo (la mundanidad) sofocan la Palabra de Dios, y no la dejan crecer.

Para Henri de Lubac, la mundanidad espiritual es el peor de los males que le puede suceder a la Iglesia, pues resulta ser una hermenéutica de vida, un modo de vivir el cristianismo desnaturalizado, pero con raíces profundas, de manera camaleónica, porque esa adaptación al mundo 'cambia' según las circunstancias.

3. Por eso en el cristianismo hay mártires

El **mundo** nos contagia "pensamientos de época", modas... pues nuestro entendimiento está muy enfermo.

Los Primeros cristianos, eran candidatos al martirio porque no se adaptaban a las costumbres y caprichos del emperador...

También hoy hay mártires que son asesinados porque no se repliegan a las costumbres mundanas que imponen las nuevas ideologías.

"La sociedad moderna está formando un credo anticristiano, y si uno se opone a él, es castigado por la sociedad con la excomunión social, con la persecución o la cárcel". Hace cien años "todo el mundo habría considerado absurdo hablar de un matrimonio homosexual. Hoy en día, se está excomulgando de la sociedad a quien se opone a ello". Y otro tanto puede decirse del "aborto y de la creación de seres humanos en el laboratorio".

Es muy interesante leer la Carta a Diogneto (s. II). Nos cuenta cómo los primeros cristianos vivían en este mundo: "no se distinguen del resto de la humanidad ni en la localidad, ni en el habla, ni en las costumbres. Porque no residen en alguna parte en ciudades

suyas propias, ni usan una lengua distinta, ni practican alguna clase de vida extraordinaria. ... Residen en sus propios países, pero sólo como transeúntes; comparten lo que les corresponde en todas las cosas como ciudadanos, y soportan todas las opresiones como los forasteros. Todo país extranjero les es patria, y toda patria les es extraña. Se casan como todos los demás hombres y engendran hijos; pero no se desembarazan de su descendencia (abortos). Celebran las comidas en común, pero cada uno tiene su esposa. Se hallan en la carne, y, con todo, no viven según la carne. Su existencia es en la tierra, pero su ciudadanía es en el cielo. Obedecen las leyes establecidas, y sobrepasan las leyes en sus propias vidas. Aman a todos los hombres, y son perseguidos por todos. No se hace caso de ellos, y, pese a todo, se les condena. Se les da muerte, y aun así están revestidos de vida. Piden limosna, y, con todo, hacen ricos a muchos. Se les deshonor, y, pese a todo, son glorificados en su deshonra. Se habla mal de ellos, y aún así son reivindicados. Son escarnecidos, y ellos bendicen; son insultados, y ellos respetan. ... En una palabra, lo que el alma es en un cuerpo, esto son los cristianos en el mundo".

4. Solo Cristo crucificado es la luz del mundo

"La victoria contra el mundo es nuestra fe" (San Pablo). La única victoria es la fe en Jesucristo, muerto y resucitado. San Pablo lo había aprendido muy bien en su experiencia en Atenas. En el Areópago hizo el discurso "dios desconocido" y comienza a predicar el Evangelio: "Pero cuando llegó a la cruz y a la resurrección se escandalizaron y se fueron. Hay una cosa que la mundanidad no tolera: el escándalo de la Cruz. No lo tolera. Y la única medicina contra el espíritu mundano es Cristo que murió y resucitó por nosotros, escándalo y locura".

"La luz ha venido al mundo, y los hombres han preferido la oscuridad" (Jn 3, 16-21). Si Dios no es nuestra luz, todo lo demás se vuelve inútil. Sin Dios, ¡todo es oscuridad!

¡Miremos a nuestro alrededor! La sociedad occidental ha elegido establecerse sin Dios. Somos testigo de cómo ahora se entrega a las llamadas y engañosas luces de la sociedad de consumo, para obtener ganancias a toda costa, desde un individualismo frenético. ¡Un mundo sin Dios es un mundo de oscuridad, de mentiras y de egoísmo!

Sin la luz de Dios, ¡la sociedad occidental anda como un ebrio en la noche! No tiene suficiente amor para acoger a los niños, protegerlos desde el útero de su madre, ni protegerlos de la agresión de la pornografía. Privada de la luz de Dios, la sociedad occidental ya no sabe cómo respetar a sus ancianos, acompañar hasta la muerte a sus enfermos, hacer lugar para los más pobres y los más débiles.

La sociedad está abandonada a la oscuridad del miedo, la tristeza y el aislamiento. No tiene nada que ofrecer excepto el vacío y la nada. Y permite la proliferación de las ideologías más locas.

Una sociedad occidental sin Dios puede convertirse en la cuna de un terrorismo ético y moral más virulento y más destructivo que el terrorismo islamista. Recuerden que Jesús nos dijo: "No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno" (Mt 10, 28).

¡Elige la luz! ¡Renuncia a la oscuridad! ¿Cómo hacerlo? El Evangelio nos dice: "El que obra según la verdad sale a la luz". Dejemos que la luz del Espíritu Santo ilumine nuestra vida de manera concreta, incluso en las partes más íntimas de nuestro ser más profundo. Actuar de acuerdo con la verdad es primero poner a Dios en el centro de nuestras vidas, ya que la Cruz es el centro de esta catedral (Cf Card. Sarah).

5. Ejemplo de los santos (Santa Jacinta de Mariscotti)

Todos los SANTOS son **ejemplos cercanos y luminosos** contra la mundanidad. Han sido modelos de esperanza y de alegría, y

portadores de esa paz que sólo Dios puede dar ("no como la da el mundo") más allá de toda circunstancia adversa o tentación. Vivían con coherencia, sencillez y alegría bien arraigados en la fe sólida, haciendo de Dios su refugio y fortaleza.

Procedían con las "**armas de la luz**", es decir, con la fidelidad a los sacramentos y a la oración, con la entrega apostólica para hacer el mayor bien posible, ejercitando las virtudes sencillas con la mayor exactitud posible (pureza, delicadeza en la caridad, sencillez de vida, responsabilidad en el cumplimiento del deber, diligencia, cordialidad, buen humor, etc). Son muchísimos los ejemplos de esta fidelidad en pleno mundo y en plena persecución: Santa Teresa de Calcuta, San Ignacio, San Pío de Pietrechina, San Agustín, San Francisco y Santo Domingo...

Santa Jacinta Mariscotti (Viterbo, 1585). De familia noble y muy creyente. Su madre fue la condesa de Vignanello. Cinco hermanos. Ginebra, la primogénita, fue virtuosa Terciaria Regular Franciscana y los otros cuatro hermanos, llevaban una vida ejemplar.

Con Jacinta a los padres les costó mucho más educarla en cristiano, como fue siempre su ardiente deseo. La llevan al convento de su hermana confiando en que allí sería posible hacerlo en el monasterio de san Bernardino de Viterbo. Pero no calaron en Jacinta los aires del lugar. La austeridad conventual era lo más contrario a lo que la atraída con irresistible fuerza: lo mundano, y se complacía en ello. Coqueta y vanidosa, se jactaba de su ilustre abolengo... Terminó por escaparse y darse de nuevo, con mayor frenesí, a las vanidades locas del mundo, de tal manera que su padre tuvo que obligarla a volver al convento. Fue, pero llena de ira y despecho, resentida por el fracaso de sus sueños matrimoniales. Obligada a permanecer en el convento, convierte su celda en un tocador de lujos, espejos, adornos y cremas, expresión del vacío que llevaba dentro de sí. La estancia así en el convento era dramática. Incapaz de darse a la oración y meditación, no soportaba las correcciones, ni atendía a la obediencia. A sus 20 años no ocultaba su desdén y animadversión por la vida religiosa.

Pero Dios se valió de la enfermedad para llevarla hacia Él. Se convirtió cuando un virtuoso franciscano al que llamaron para que la confesase, ya que le aterrizzaba su muerte, se quedó petrificado al ver su celda, y se negó a administrarle la confesión, recriminándola severamente: «¡El paraíso no se ha hecho para hermanas soberbias y vanidosas!». Impresionada, vistió el hábito, se confesó entre lágrimas de arrepentimiento y quedó liberada de todos sus apegos. A sus 30 años, un manantial de piedad brotó que la conduciría a los altares. Sintió la misión de ayudar especialmente a quienes experimentaban el extravío del pecado. Y eligió como modelos e intercesoras a santos que habían pasado por circunstancias similares a la suya antes de convertirse: santa María Egipcíaca, san Agustín y santa Margarita de Cortona. Deliberadamente buscaba toda ocasión para vivir la humildad y la paciencia.

6. Antídoto contra el mundo

Es necesario atreverse a ir contracorriente del mundo. Pero para los cristianos la dirección contraria no es un lugar, sino una Persona: es Jesucristo.

El mundo nos promete una cosa, y Jesucristo, la contraria. Es así que Jesucristo no se puede equivocar, luego se equivoca el mundo. La Virgen dijo a Santa Bernardita "**en este mundo no te haré feliz**". El mundo te invita a las vanidades, placeres, buena vida... Pero Jesucristo nos presenta la senda estrecha que lleva a la verdadera felicidad, la mayor que aquí se puede encontrar, y después, la del cielo.

La mentalidad del mundo se neutraliza leyendo el Evangelio y la Palabra de Dios, haciendo oración y adoración, y leyendo vidas de santos y buenos libros espirituales.